

## APUNTES SOBRE JORGE ISAACS

La casa editorial Maucci, de Barcelona, publicó hace pocos años las poesías completas de Jorge Isaacs. Traen un estudio preliminar de Baldomero Sanín Cano, en el cual se trazan algunos rasgos biográficos del bardo y se analizan sus tendencias literarias y la formación de su estilo. Allí se dice que Isaacs nació en la provincia del Chocó, lo cual ha dado motivo a interesantes polémicas entre los partidarios del autorizado concepto del severo crítico y varios escritores caucanos que siempre han creído,—y debe reconocerse que tienen razones y documentos de peso para sostener su tesis,—que el poeta nació en la ciudad de Cali.

Muchos son los argumentos que se han hecho en pro y en contra de la cuestión. Se han invocado numerosos escritos notariales y certificaciones eclesiásticas que no carecen de autoridad; se han hecho referencias a versos de Isaacs que parecen indicar un sitio y una fecha; no han faltado tradiciones y recuerdos que quieren llevar luces al problema. Hasta hoy, él permanece sin una solución absolutamente satisfactoria.

La *Revista de Buenos Aires* publicó algunos años antes de la muerte del poeta un escrito suyo de honda ternura que en 1895, cuando murió, fue reproducido por *El Diario* de Bogotá; antes de esa época parece era desconocido en Colombia. Se titula: «*Ultima página* (Sobre los borradores de un libro)». Hay allí, entre dulces lamentaciones y dolorosos recuerdos, unas pocas frases que quizás puedan servir de guía en la averiguación del lugar en donde vio la luz el autor de *María*. Se habla en ellas de «las riberas salvajes del Dagua» y de la casa de sus padres que «blanquea a lo lejos en medio de sotos umbríos». Y exclama el bardo:

«Vuela tú, entristecida alma mía: cruza las pampas,

salva las cumbres que me separan del valle natal. Cuán bello debe estar ahora entoldado por las gasas azules de la noche! Ciérnete sobre sus montañas; vaga otra vez bajo esos bosques que me niegan sus sombras....»

Las anteriores líneas, en las cuales se habla «del valle natal», escritas probablemente cuando Isaacs desempeñaba el Consulado de Colombia en Santiago de Chile, quizás se refieran a las llanuras del Cauca y no a las tierras quebradas y cielos tormentosos que circundan a Quibdó.

El escrito de Isaacs que hemos mencionado es también conocido con el título de «Leyendo a María». Se ha dicho que estas páginas fueron concebidas en Ibagué, poco antes de morir; que es ese su último canto. Sin embargo, Borda e hijo, al reproducirlas en *El Diario* del cual eran Directores (N.º 13 de 20 de agosto de 1895), les ponen la siguiente explicación:

«*El Diario* no podía permanecer mudo delante del tributo fúnebre dedicado a la memoria de Jorge Isaacs por toda la prensa americana.

«Y sea esta la ocasión de exhumar probablemente la última página del malogrado poeta, que reservábamos guardada cuidadosamente hace ya años, la cual recordamos llegó a nuestro poder tomándola de la *Revista de Buenos Aires*. Es desconocida en Colombia».

El lector observará sin trabajo que en el párrafo transcrito hay un punto oscuro, pues no puede ser la última página del vate lo que varios años antes de su muerte se publicaba en Buenos Aires.

En este grito del alma atormentada hay unas palabras que demuestran que él fue dado en playas extranjeras: «Trae humedecidas tus alas con el rocío de las patrias selvas, que yo enjugaré amoroso tus plumajes». En la época de Isaacs se usaba decir *páís* por región, provincia, comarca; pero *patria* indicaba todo

el territorio y en este caso especial la nación colombiana.

La edición de Barcelona de las poesías de Isaacs es lamentable; es la tercera. La primera se hizo en Bogotá el año de 1864 patrocinada por el grupo literario de *El Mosaico*, cuyos miembros estimularon las tendencias literarias del poeta, dieron apoyo a sus generosos esfuerzos y lo apadrinaron ante el público y la crítica. La segunda fue hecha en Buenos Aires en 1879 y tiene una introducción escrita por José Manuel Estrada. Esta tercera edición, que como hemos dicho trae un magnífico prólogo de Baldomero Sanín Cano, fue hecha según advertencia de una de sus páginas iniciales, copiando la edición de 1864 «con escrupulosa fidelidad» y agregándole algunas poesías posteriores publicadas en revistas colombianas. Faltan allí algunos versos que no han sido recopilados; y de los presentados como de la primera época muchos son los que se reprodujeron sin poner el menor cuidado en la copia ni en la corrección de pruebas tipográficas.

No queremos hacer referencia a los frecuentes cambios del plural en singular y del masculino en femenino, o viceversa; mencionaremos únicamente, y no todos, descuidos de mayor importancia y gravedad.

En «Nima» la última estrofa tiene cambiados los versos del final dejándola sin sentido y sin asonancia.

A «Elena» le falta el cuarto verso:

«En las colinas verdes  
Del comarcano río  
Pasaba con Elena  
*La siesta de un domingo*».

La poesía «Si vienes a mi campo» resultó despedazada. Se alteró el orden de las estrofas; se intercalaron versos y el conjunto quedó sin pies ni cabeza;

el Libertador, debido a los cambios editoriales, aparece risible en la siguiente estrofa de la impresión original:

«El anciano discreto  
Del cercano cortijo  
Contará las campañas  
Que con Bolívar hizo».

Y así podríamos seguir anotando muchos otros errores del volumen de Maucci. Para la muestra, son suficientes los que se apuntan.

Conservamos en nuestra Biblioteca un ejemplar de la primera edición de las poesías de Isaacs «que ha llegado a ser una rareza bibliográfica». El tomo nuestro tiene otro mérito de mucho mayor realce: algunos de sus versos están enmendados al margen, y en la portada escribió el dueño primitivo, uno de los del *Mosaico*, lo siguiente:

«Las correcciones de este ejemplar las hizo con su propia mano Jorge Isaacs. M. P.»

Don Manuel Pombo fue un entusiasta y sincero amigo del poeta, y con Marroquín, Carrasquilla, Vergara y Vergara, Samper y otros, lo ayudó en la publicación de sus juveniles ensayos.

Las correcciones que hizo Isaacs a sus versos son cuestiones de detalle, pequeños cambios de palabras que algunos considerarán sin importancia, pero que en nuestro concepto tienen el valor del pulimento de una joya o la espontánea caricia a lo que es muy nuestro y que en su esencia conserva remembranzas y pedazos del alma.

Dice la edición del *Mosaico* en la octava estrofa de «Los ojos pardos»:

«Mi corazón de niño  
La amó en un tiempo,  
Y en sus ojos la gloria  
Sin comprenderlo.

Después mi mente  
Inspiraciones bellas  
Despide siempre».

Corrigió Isaacs el último verso: «Les pide siempre».

En la última estrofa de «Nima» cambia el poeta el verso publicado «Su humor risueño» por «Sus lindos sueños».

«Si vienes a mi campo» tiene estos versos:

«Te daré de naranja  
Aromático vino;  
De caímos y madroños  
Empezados racimos  
Te brindarán sus frutos  
Hasta el césped caídos».

En la corrección quedó:

«Te daré de naranja  
Aromático vino;  
Naranjos y madroños  
En pesados racimos  
Te brindarán sus frutos  
Hasta el césped caídos».

Tal vez la anterior corrección no fue del todo feliz. Se suprime el nombre de un fruto esencialmente crollo para poner un árbol cuyo producto se acaba de mencionar; la repetición inmediata de *naranja* y *naranjos* mortifica el ritmo y la métrica.

La antepenúltima estrofa de «Mayo» dice en sus dos últimos versos:

«También eran ya esposas  
Clara y María».

Isaacs pone Lucía en lugar de María. Este cambio podría prestarse a un poco de análisis y sugiere algunos comentarios que no queremos hacer nosotros.

En «La montañera», en el segundo verso, se suprime la preposición *a*. La misma composición dice:

«Entre las manos  
De Pablo tiemblan

Las manos suyas;  
El la contempla».

Y en la enmienda se lee:

«En las de Pablo  
Sus manos tiemblan;  
Enternecido  
El la contempla».

En «La Oración» hay este verso:

«No escucho la *castruera* melodiosa».

Y el ejemplar del señor Pombo corrige:

«No escucho la *castruera* quejumbrosa».

«Felisa» tiene la primera estrofa:

«Vi tardes de verano  
Tardes del Cauca,  
Voluptosas, risueñas  
Y engalanadas;  
Y muchos días  
Fueron menos hermosos  
Que mi Felisa».

Los últimos tres versos los cambia Isaacs así:

Y en muchos días  
Fueron menos hermosas  
Que mi Felisa».

En «La aldeana infiel» hay las siguientes correcciones: donde se lee:

«Caricia y desprecios  
Te daré a la vez»,

debe leerse

«Caricia y desprecios  
Tendrás a la vez».

Y donde dice:

«Esclava sin honra,  
Sufriendo desdén»,

se corrige

«Esclava sin honra,  
Cojín de su harén».

Para terminar diremos que en «La visión del castillo» están suprimidas las eses del plural del verso

«A sus melenas canas en la tormenta asido».

Esas son las enmiendas que hizo Isaacs a sus primeros versos, en el ejemplar de ellos que perteneció a don Manuel Pombo.

Fue don Luciano Rivera y Garrido un distinguido literato. Su libro «Impresiones y Recuerdos» es un auténtico cofre de belleza y sinceridad; en la bibliografía nacional él ocupa lugar alto y respetable. Su cariño por Jorge Isaacs no tuvo límites; lo admiró con la intensidad de una alma sincera y leal; en vida del poeta guardó para él lo mejor de su corazón; a su muerte le ofrendó los más puros brotes de su cerebro y las fragancias más delicadas de su afecto nobilísimo.

Tuvo Rivera y Garrido la obsesión constante de que se hiciera una edición ilustrada de *María*, con todo lo que hay de cierto en los personajes del idilio, a quienes él conocía íntimamente, y con los paisajes del Cauca, ardorosos y románticos, en donde se desarrollaron las escenas inmortales. En 1895 envió a Bogotá algunas fotografías tomadas por él; la lista está publicada en *El Heraldo*. Dos años más tarde se dirigía al artista Julio E. Flórez comprometiéndolo a la realización de aquella obra pictórica. De aquel esfuerzo guardamos entre nuestros papeles viejos las dos cartas que se insertan a continuación, escritas por el ilustre hijo de Buga en el estilo sencillo, discreto y cordial que acostumbraba.

Flórez fue grabador del *Papel periódico ilustrado*. Urdaneta lo ayudó en sus aficiones y fue su maestro y Mecenas. Años después, cuando desapareció el lamentado artista, el discípulo llevó vida de misántropo. Un día, los buriles que antaño pasaron a la madera bellos

motivos de la naturaleza tropical para adornar la más interesante revista que ha tenido Colombia, tuvieron la tentación del oro y quisieron hacerlo transformado en papel moneda. El Estado castigó con severidad aquel desfallecimiento de una vida honrada. Una tarde, cerca de Villavicencio, rodeado de presidiarios que abrían un camino bajo los rayos de un sol inclemente, Flórez, agotadas sus fuerzas, perdida la esperanza y olvidado de todos, se bebió para saciar la sed que atormentaba su alma, más que su cuerpo, un vaso de veneno; horas después moría con crueles dolores.

Dicen así las cartas:

Buga, julio 17 de 1897.

Señor don Julio E. Flórez—Bogotá.

Estimado amigo mío:

Tengo a la vista la carta que se sirvió dirigirme con fecha 20 del mes de junio próximo pasado, a la cual correspondo muy gustoso, pidiéndole excuse la tardanza en hacerlo por haberlo impedido mi permanencia en la hacienda de «El Paraíso», de donde apenas regresé anoche.

Ha sido para mí tema constante de meditación su interesantísima labor de ilustrar nuestra única joya de arte literario, *María*; y a fe que cuando pienso con algún detenimiento en lo grave y laborioso de su empresa y fijo la consideración en lo mucho que usted ha avanzado en el desarrollo de ella en menos de un año, no puedo menos sino admirar sinceramente su ingenio, su paciencia, su habilidad y su entusiasmo. Y como sus amables e interesantes cartas me han permitido seguir hasta donde es posible la marcha de su noble esfuerzo, ya puedo darme cuenta del gran trecho recorrido y del cúmulo de dificultades vencido por usted, por lo cual me alienta la dulce esperanza de ver realizado uno de mis sueños de amante del genio: la repre-

sentación de las escenas culminantes del idilio caucano por el lápiz inspirado y entusiasta de un artista como usted, enamorado de lo bello y amante de cuanto engrandece el espíritu humano.

Tengo el gusto de enviarle por separado, en paquete *recomendado*, algunas de las vistas que tomé en «El Paraíso» durante mi permanencia de la última semana. Le mando las menos malas, pues como usted lo sabe muy bien, en estas operaciones, sujetas a mil contingencias, entre las cuales no es la menos considerable la inhabilidad del aficionado, no siempre se consigue que todo salga o resulte como uno lo desea. Usted excuse las imperfecciones de mi trabajo y sólo vea en él mi anhelo de complacer al amigo y ayudar en la débil medida de mis fuerzas al valeroso artista que, bien visto, trabaja no sólo por su gloria sino por la del Cauca, simbolizada en el más ilustre de sus hijos.

Designada con el número 1 va la *verdadera piedra de la lectura*, pues la que tomé en 1895 no era lo que creímos. «Nos sentamos en la ancha piedra de la pendiente—dice Efraín—teniendo a nuestra derecha en hondo cauce el río y a nuestros pies el valle, majestuoso y callado.....» Es aquella hermosa piedra un bloque o monolito enorme de forma casi plana en su parte superior y como puede usted observarlo en la fotografía, muy propia para que a ella pudieran ascender dos señoritas delicadas como *Ema* y *María*. A lo lejos, como usted lo verá, se extiende el valle en su indecible y sugestiva majestad. Las dos personas que hice sentar allí son dos jóvenes de estatura regular.

Con la anterior van: el número 2, *gran paisaje*, tomado desde un corral que se encuentra como a treinta cuadras de la casa hacia el occidente. En el fondo, la casa de la hacienda y la cordillera central; el número 3, casa de la hacienda de «Pie de Chinche», vecina de la de «El Paraíso», la cual, se afirma, sirvió a Isaacs

de modelo para su descripción de la casa del hacendado don Ignacio, padre de Emigdio; el número 4, *corral de ordeño*, inmediato a la casa de «El Paraíso», con el paisaje del valle del Cauca hacia el O.; el número 5, restos del huerto de la casa de «El Paraíso», al S. de dicha casa; el número 6, panorama del valle del Cauca contemplado desde las afueras del patio de la casa de la hacienda; el número 7, casa rústica del caserío o aldea de Santa Helena, la cual, se dice, que sirvió de modelo a Isaacs para describir la casa del *Compadre Custodio*, padre de *Salomé*; el número 8, casa rústica de la aldea o caserío de *Zabaletas*; el número 9, *fuelle y vallado* inmediatos a la casa de «El Paraíso»; y el número 10, ángulo noroeste del salón de la casa de la hacienda.

El *croquis* o *apunte* que tuvo la fineza de remitirme y representa la actitud de los tres personajes o figuras de la escena de la lectura me ha gustado mucho; y para que usted vea que sí me fijo en su trabajo con profunda atención le hago notar que el detalle concierne a la manera como tiene colocados los pies *Efraim* me sorprende por la verdad de la actitud y lo *intencionado* del *pensamiento*, revelador él solo de todo el respeto púdico que el joven tenía por su casta amante. No diga que soy muy suspicaz....

Mucho siento no poder enviarle un retrato de cierta *Salomé* a quien veo a diario; pero quiso mi mala suerte que yo cometiese la indiscreción de decirle cuál sería el objeto a que se destinaría ese retrato y lo eché todo a perder, pues se ha resistido formalmente a situarse en frente del *objetivo*, no obstante mis súplicas.... Pueda ser que venza su resistencia!

Escribame y deme cuenta minuciosa de lo que ha hecho, hace y hará en el desarrollo de *nuestro* hermoso proyecto; y digo *nuestro*, con perdón de usted, porque me siento identificado con usted y con la familia Isaacs

en cuanto se relacione con la gloriosa labor de honrar a mi llorado e ilustre amigo Jorge.

Adiós! Consérvese bueno; crea que pensé en usted muy a menudo en el curso de mi viaje a «El Paraíso» y considéreme su amigo muy adicto, *Luciano Rivera y Garrido*.

Buga, octubre 15 de 1897.

Señor don Julio E. Flórez—Bogotá.

Estimado señor y amigo:

Me refiero a la apreciable carta de usted fechada a 4 del que rige, la cual recibí ayer. Me complace saber que las últimas fotografías que le remití llegaron en buen estado a sus manos y fueron de su agrado. Es muy corriente la observación de usted en lo que se refiere a la extrañeza que le causa el hecho de que el Cauca no haya tenido un pintor paisajista de primer orden, siendo la naturaleza de esta comarca tan bella y primorosa, ya se estime en conjunto, ya en detalles. La razón se encuentra, a mi modo de ver, en que por lo general, el caucano no tiene temperamento artístico, no es idealista, y los derroches de su imaginación se pierden en los campos estériles de una política absurda. Mucho podría extenderme acerca de este tópico, tema de mis más constantes meditaciones; pero nó me lo permite el tiempo de que hoy dispongo ni lo consenten los límites de una carta.

Verdadero pesar me ha ocasionado todo lo que usted me refiere con relación a las consecuencias del disgusto que le produjo la indiferencia del señor don Lisímaco Isaacs. Esto no me sorprende porque, valga la verdad, conmigo tampoco ha sido muy cumplido y correcto el joven hijo de mi predilecto y llorado amigo Jorge. Mas, en mi caso, todo es llevadero por razones obvias, mientras que en el de usted las cosas presentan un aspecto muy diferente, una vez que se trata de un asun-

to muy serio. que representa y entraña dignidad de artista, esfuerzo de la inteligencia, dura labor, empleo de tiempo y de dinero, esperanza de gloria, etc.

Si he de ser franco con usted no podré menos sino decirle que, en vista de lo ocurrido, he llegado a arrepentirme muy sinceramente de las palabras de aliento que le he dirigido en el curso del año transcurrido,—si bien es cierto animado por las mejores y más puras intenciones,—pues acaso yo tenga parte de responsabilidad moral en lo que ha sucedido. Me reanima algún tanto a este respecto el saber por usted mismo que al fin se avistaron usted y don Lisímaco y llegaron a entenderse y a fijar el punto sobre bases de alguna solidez. Ahora no me resta sino desear con todas las veras de mi corazón que usted pueda terminar sus interesantes trabajos tranquilamente y que el desenlace de todo esto sea en honra y provecho de usted y mayor gloria del ilustre cantor de *María*.

Tengo a la visto el dibujo de *don Ignacio* que se sirvió remitirme en días pasados y abierto ante mí está el libro de *María* en página que contiene el grabado que representa al mismo personaje; y ya sea porque el último, por una gran casualidad, se conforme más con los perfiles fisonómicos del individuo que, según voz general, sirvió a Isaacs de modelo (que lo fue el señor don Luis Molina, viejecillo hacendado de las inmediaciones de Palmira, a quien alcancé a conocer); sea porque en la figura dibujada por usted no descubra yo analogía ni remota con ningún hacendado viejo de estas provincias,—circunstancia que sí concurre en el grabadillo de la edición española,—es lo cierto que obligado en conciencia y a riesgo de disgustar a usted, tengo que afirmarme en la opinión que transmití a usted en mi anterior. En el grabado de Riquer hay un detalle notablemente falso: el sombrero; pero en el que usted ha puesto en la cabeza del *don Ignacio* de usted,

tampoco hay exactitud indumentaria. Es un sombrero inverosímil, tratándose de los que usaban los hacendados de aquellos tiempos, que eran de copa cuadrada y *chata*, menos que redonda o puntiaguda y alas más tendidas y flexibles. El cuello de la camisa se usaba *parado* y era muy grande y de puntas triangulares, no redondas ni dobladas *a la marinero*, como se ve en su croquis. La nariz del rostro dibujado por usted es muy carnuda y no tiene la forma francamente curva del pico del paletón o *yátaro*; y los ojos, son *ojazos*, no *ojillos*, que es como lo reza el texto. Sobre todo, hay cierta corpulencia en el personaje dibujado por usted que choca abiertamente con la idea que yo, mejor conocedor de los tipos reales de *María*, tengo del hacendado en cuestión quien, además, era de *exigua figura*, según nos lo dice Isaacs en el último renglón de la página 84, edición 5.<sup>a</sup> de Barcelona. Usted se servirá perdonar mi franqueza, forma que me he atrevido a emplear y acaso disgustará a usted una vez más, por el interés que me inspira su labor, mi anhelo de que el éxito más brillante corone sus laudables esfuerzos, y obligado también por el muy sugestivo concepto de que usted toma lo que le dije en mi anterior con relación al asunto «como una exageración».

Encuentro cierta amargura en la expresión de usted al corresponder en su estimable carta a la parte de la mía en que dí a usted cuenta, con referencia a la señorita Julia Isaacs, inteligente hija de Jorge, de la antipatía con que aquel ilustre amigo mío veía el peinado de las mujeres a la manera como lo llevaba Capoul en la representación de la opereta *Pablo y Virginia*, que fue lo que sirvió de pretexto a aquel popular artista parisiense para echarse las guedejas sobre la frente. No quise sino hacer conocer a usted un detalle curioso de la personalidad íntima del autor de *María*, y no tuve el menor propósito de dar a usted lecciones de buen

sentido, como me lo deja usted comprender claramente cuando me dice que usted sería «incapaz de cometer semejantes adefecios, etc. etc.» Sírvase excusarme si cometo en ello error; y crea que no volverá a ocurrir en lo sucesivo que por producirme con la ingenuidad y llaneza propias de mi carácter vuelva a mortificar con observaciones o conceptos impertinentes.

Deseo para usted salud y prosperidad; y estímeme siempre como su atento servidor y amigo, *Luciano Rivera y Garrido*.

LUIS AUGUSTO CUERVO

